

# La Alameda y la plaza de la Solidaridad.

## Exploraciones desde el margen



**L**a Alameda, el legendario jardín de la Ciudad de México, nació en 1592; fue proyectada y realizada por Luis de Velasco, octavo virrey de la Nueva España, y ha sido escenario de acontecimientos de la ciudad y del país: sitio de la Inquisición, lugar de la Acordada, prisión de criminales, paseo de Maximiliano y Carlota, puerta de entrada de Benito Juárez a la ciudad, espacio público recreativo de la sociedad mexicana, tema de un mural pintado en 1947 por Diego Rivera (*Sueño de una tarde dominical en la Alameda Central*), y “Patrimonio Cultural de la Humanidad” declarado por la UNESCO.

La Alameda es sedimento de la memoria histórica de la Colonia, del México independiente, de la Reforma, de la Revolución mexicana y de la época contemporánea. Ha soportado estoica cambios políticos, transformaciones sociales y poblacionales, renovaciones urbanas y sismos.

Pero junto a la permanencia, a la monumentalidad y a la historia oficial la Alameda cobija, también, la marginalidad, la exclusión y las memorias olvidadas de sujetos y grupos socialmente borrados. Entre sus bancas, parquitos interiores y sus rincones, encuentran refugio los niños, niñas y jóvenes, que dejaron sus hogares y sus familias por causas de maltrato, abuso sexual y abandono.

Errantes, vagabundos, sin domicilio, los niños y jóvenes de la calle deambulan en los márgenes de las topografías de la memoria. Son excluidos de la historia y se han vuelto parte del paisaje urbano, son fantasmas que transitan sin ser vistos. ¿Quién repara en esos cuerpos arrinconados por la droga y la indiferencia?

Del vasto territorio físico y simbólico de la Alameda, los niños y jóvenes de la calle se apropian de espacios menores en donde arman precarios campamentos para dormir y protegerse de las inclemencias del tiempo. Son espacios que tienen una existencia más allá de la funcionalidad; en esos lugares recortados por el uso y los recorridos cristalizan los sentidos y

\* Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO)-México.



las socialidades que hacen de la errancia urbana una experiencia de recomposición y amalgamamiento grupal.

Por encima, por debajo o por detrás de la trama de la Alameda se van consolidando esos territorios refugio donde los desamparados reescriben otra historia y otra memoria.

En la Alameda convergen casi todos los afluentes de la cultura mexicana: la socialidad, la medicina y la comida tradicional; los rostros del México profundo; el teatro de Bellas Artes, las esculturas, las fuentes y otros vestigios de las ilusiones europeizantes; los ambulantes y puesteros que venden estampas de la globalización: música y películas piratas; prostitutas, desempleados, sindicalistas y personajes de la política que a veces realizan mítines en sus inmediaciones.

Como si fuera una especie de museo al aire libre, la Alameda alberga algunas esculturas: *Desespoir* (de Agustín Ocampo, cuyo original se encuentra en el Museo Nacional de Arte), y *Malgré Tout* (de Jesús F. Contreras); además de varias fuentes: de las Caritas (una en cada esquina de la Alameda), de Mercurio, de la Primavera, de Neptuno y los Tritones, de las Américas y de Venus. También están el monumento a Beethoven y el Hemiciclo a Juárez construido en mármol blanco y de estilo neoclásico. Al interior, se haya un quiosco de forma octogonal, con una escalera y techumbre de lámina.

Se entrecruzan por el espacio de la Alameda olores, sabores, música, personajes y atmósferas tan diversas que la vuelven un espacio híbrido y multicultural. Es al mismo tiempo un nodo urbano que contiene en sus extremos dos líneas del metro, una zona de tránsito, un área patrimonial, una zona cercada por centros de abastecimiento (mercados, zonas comerciales, venta ambulante), ruta turística y cultural, usina de imágenes e imaginarios (postales, pinturas, música y películas). Se trata, sin duda, de un objeto geo-social y cultural denso cuya aprehensión requiere desentrañar sus ritmos, temporalidades y texturas diversas.

En los días hábiles y en horarios matutinos, la Alameda es transitada por pasos apresurados que tienen un destino definido, y rodeada por autos, transporte público y patrullas que la llenan de humo, de claxonazos y de frenadas estridentes. Desde muy temprana hora, comienza el despliegue del personal de limpieza que tiene asignada áreas específicas de cuidado: intendencia de fuentes, intendencia de limpieza y cuidado de áreas verdes, encargadas de barrier, asear y levantar la basura. Pocos son, a estas horas, los que se permiten tender en las bancas o en el pasto, escuchar el canto de los pájaros, contemplar sus fuentes; algunos turistas aprovechan este espacio para reorganizar sus recorridos con las guías de turismo en la mano, tomar fotos o descansar.

Hacia la tarde y la noche, los ritmos y las texturas cambian. La Alameda adquiere la fisonomía de tantos otros lugares de esta ciudad: se vuelve insegura, oscura, sospechosa. Hay una suerte de desplazamiento de la actividad hacia las zonas más periféricas de este espacio: hacia las jardineras menos iluminadas y las esquinas más despobladas. Hay mayor presencia de hombres solos. La prostitución se hace más visible, los robos y asaltos se incrementan, el tráfico de drogas comienza. Los niños y jóvenes de la calle lo controlan todo: saben qué mirar, a quién y dónde. Están muy atentos a las sirenas de las patrullas. Conocen bien la fracción de segundo necesaria para arrebatar una cartera o un celular. Los borrachos y trasnochados llegan más tarde.

## Sábados y domingos en la Alameda

Repertorio vastamente incorporado al imaginario y a las prácticas del tiempo libre de esta ciudad para un amplio sector de la población. A media mañana las dos estaciones del metro —Hidalgo y Bellas Artes— “escupen” jóvenes, adultos, ancianos y niños. Los puesteros llegan un poco antes para montar sus productos: refrescos y jugos, sopes y quesadillas, hamburguesas y *hot dogs*, tamales, elotes y esquites, helados y dulces, globos, platería de Taxco, artesanías, música ensordecedora que brota de altoparlantes: José José se mezcla con Maná y más adelante Silvio Rodríguez le disputa algunas estrofas a los Tigres del Norte. “La Alameda ya no es como antes”, se quejan los ambulantes. “La inseguridad hace mella, y ya no viene tanta gente”.

Familias enteras comparten el espacio con parejas que depositan en la Alameda la efervescencia contenida de toda una semana. Obreros de la construcción, empleadas domésticas, migrantes internos, policías sin uniforme, todos intercambian miradas y a veces algo más. Hay muchos personajes: mariachis, boleadores, voceadores, merolicos, nostálgicos jubilados.

También hay una gran cantidad de jóvenes, que se desplazan en pequeños grupos, van y vienen, se sientan en los bordes de las fuentes, se avientan agua, y algunos hasta arman un partido de fútbol. La Alameda explota. Retiene en sus bancas, fuentes y jardineras el peso de una ciudad que quiere recrearse y pasear.

El fin de semana se dan cita en la Alameda muy buenos etnógrafos que conocen a los foráneos, a los que van distraídos, a los que traen dinero en la mochila, a los turistas que despliegan sus cámaras de foto y video, a los que llevan celulares y carteras en los bolsillos. Son etnógrafos *amateurs* y amigos de lo ajeno que saben, incluso, burlar a la gran cantidad de policías que *flanean* por la Alameda.

La numerosa afluencia de gente durante los fines de semana se vuelve propicia para “pedir plata” y mendigar. Los niños y jóvenes de la calle tienen mucha experiencia para actuar frente a las personas: son



portadores de expresiones, rostros y cuerpos que destilan lástima y compasión. En menos tiempo que en un día hábil, logran juntar dinero para comer, para la droga o para comprar otras cosas. Lo fundamental es saber combinar la gran cantidad de gente con un lugar estratégico, volviéndose al mismo tiempo poco visible para la policía.

La presencia de la policía se ha incrementado en la Alameda, antes había agentes preventivos que caminaban por la zona o vigilaban desde las patrullas; ahora actúa la policía montada, cuyos integrantes se desplazan por parejas, montados en altos caballos, lo que les permite llegar más rápido a cualquier punto de la Alameda e ingresar en la zona de las jardineras. Es más difícil intentar entrevistarlos, la grabadora no tiene el efecto *zoom*. Los perros que acompañan a los niños y jóvenes de la calle son sus peores enemigos: espantan a los caballos, los persiguen amenazantes y les impiden el acceso a la zona ocupada por ellos.

Los fines de semana destacan los bicitaxis que transitan por los costados de la Alameda, y también los recorridos del “tranvía turístico”, un autobús así disfrazado, que toca los mojones más destacados de la monumentalidad del Centro Histórico.

También lo excepcional ocurre en la Alameda. Una vez al año se vuelve una especie de parque temático con santacloases y reyes magos, cuyos montajes escénicos



jaquean la capacidad de asombro: “si algún escritor bíblico viera esta Alameda, no pensaría en el portal de Belén, sino en Sodoma y Gomorra”.<sup>1</sup> Seguramente muchos álbumes familiares cuentan con una fotografía de los reyes magos en la Alameda. Para los niños y jóvenes de la calle, la navidad y los reyes magos de la Alameda no pasan desapercibidos. Al contrario, les retumba en la memoria lo que nunca tuvieron. Si corren con suerte, algunas instituciones se harán presentes en estas fechas para llevarles comida y juguetes; en los últimos dos años han tenido algunas posadas y representaciones navideñas.

La Alameda es pródiga en experiencias y sensaciones, es un lugar común del encuentro pero también un espacio del anonimato.

Frente a la Alameda, en uno de sus extremos, se encuentra la plaza de la Solidaridad. Se trata de un espacio con una historia más reciente, y que carece de una tradición tan vasta y cristalizada.

La plaza de la Solidaridad fue erigida sobre las ruinas del famoso Hotel Regis, que sucumbió a los sismos del 1985, junto con el edificio de Salinas y Rocha y otros terrenos aledaños. En 1986 se plantó el primer árbol en lo que se llamó en ese año el Jardín de

la Solidaridad, nombre que evocaba la solidaridad de la ciudad y del país ante la tragedia del terremoto.

Pocos días después de que se dinamitaron los restos del Hotel Regis, el Departamento del Distrito Federal (DDF) anunció que los predios en los que fueron demolidos edificios dañados por los sismos serían expropiados o permutados con el fin de evitar que se construyeran en ellos nuevas construcciones. En enero de 1986 el DDF, por acuerdo del presidente Miguel de la Madrid, lanzó una convocatoria pública para el diseño de la plaza de la Solidaridad. Dos meses después de la apertura del concurso, se dio a conocer el nombre del arquitecto ganador. El proyecto seleccionado fue de “carácter modernista”, y tenía previsto

en el diseño un conjunto de columnas en círculo, de las cuales saldrían destellos luminosos que podrían ser rayos láser, con una escultura en el centro y una grieta atravesando diagonalmente el suelo.<sup>2</sup>

Un aluvión de críticas y oposiciones públicas recibió el proyecto ganador por parte de organizaciones sociales e instituciones vinculadas con la problemática del Centro Histórico. El DDF se vio obligado a posponer la edificación de la plaza de la Solidaridad. Posteriormente se anunciaron trabajos de jardinería y forestación. La idea de la plaza se desechó junto con el fallido proyecto, y en su lugar devino el nombre de Jardín de la Solidaridad, y se mencionó como antecedente histórico que en ese predio estuvo localizado el huerto del antiguo convento de San Diego, actualmente la Pinacoteca Virreinal.<sup>3</sup>

Finalmente, se consolidó como una plaza que tiene cuatro fuentes, bancas, algunos árboles y una escultura en el centro que representa la unión de dos manos que simbolizan la solidaridad. La plaza está delimitada por las calles Balderas, Juárez, Dr. Mora y la calle cerrada de Colón en donde se localiza el Museo Mural Diego Rivera, que alberga la obra *Sueño de una tarde dominical en la Alameda*.

<sup>1</sup> Cfr. Texto de Juan Carlos García, en *Alameda. Una visión histórica y estética de la Alameda de la Ciudad de México*, Milán, INBA/Landucci Editores/Américo Arte Editores.

<sup>2</sup> *La Jornada*, 19 de marzo de 1986.

<sup>3</sup> *El Universal*, 16 de julio de 1986.

La plaza de la Solidaridad estuvo ocupada durante muchos años (hasta 1995) por campamentos de organizaciones sociales y políticas que se emplazaban en este espacio para protestar y demandar públicamente por causas consideradas sociales y políticas. Filiaciones de protesta, de descontento social y de desigualdad surcaron el espacio de la plaza de la Solidaridad.

Entre los escombros de un terremoto y las ruinas imaginarias de una tragedia que cimbró a la Ciudad de México, los niños y jóvenes de la calle montaron sus casitas con palos y hules en las bancas de la plaza de la Solidaridad, una vez que un fuerte operativo policial los desalojó de la Alameda.

Junto a la precariedad del hábitat de los callejeros se erigían en el espacio de la Plaza cuatro carpas de ajedrecistas que a diario se convocaban para jugar al ajedrez. En esas carpas se vendían bebidas y comida rápida, y de forma permanente se escuchaba música de la radio o de un equipo de sonido. Los ajedrecistas decían contar con un permiso de la delegación para ocupar el espacio público de la plaza; cada una de las carpas tenía un dueño, quien amparado bajo la figura de una asociación civil, externaba su objetivo de difundir el juego de ajedrez cuando en la realidad obtenía beneficios económicos privados (al cobrar una cantidad por la renta del juego, y por la venta de bebidas y alimentos) en un espacio público. Se trataba sin duda de una situación contradictoria, reveladora de las irregularidades en el otorgamiento de permisos y usos del espacio público por parte de la delegación.

Hace pocos años, la delegación Cuauhtémoc instaló en esta plaza baños públicos que son utilizados por los paseantes, los ajedrecistas, los niños y jóvenes de la calle. La tarifa de acceso que se cobra es de dos pesos, y en algunos periodos la delegación permitía el acceso de los callejeros por sólo un peso.

Por otra parte, y hacia el final de la gestión de la delegada Dolores Padierna (2001), se promovió una cere-



monia cívica de izamiento de la bandera, en un mástil localizado en la escultura de la plaza. Esta ceremonia ocurría cada miércoles a las 10:00 horas, con la presencia de la banda de la policía, y en ella participaban los ajedrecistas, los transeúntes de la plaza, los niños y jóvenes de la calle que estaban allí emplazados y que junto a sus perros lograban despertarse con los sonidos del Himno Nacional.

A la plaza de la Solidaridad acuden numerosos obreros de la construcción que se reúnen allí para socializar recomendaciones y *tips* sobre posibles trabajos; acuden también personas de edad madura que visitan a los ajedrecistas; algunos turistas que van hacia el Museo; y mucha gente que está de paso hacia la Alameda o el metro. La cercanía con las avenidas Juárez y Balderas hace de esta plaza un lugar de intenso tránsito de per-

sonas y de vehículos.

Desde que se instalaron los niños y jóvenes de la calle en la plaza, se incrementó y diversificó la presencia policial tanto de la Secretaría de Seguridad Pública como de la Secretaría de Gobernación: policía auxiliar, policía preventiva, granaderos y los llamados “grises”. Básicamente apostados en la calle Dr. Mora, los policías se pasean por la plaza, permanecen dentro de sus patrullas y camiones, y algunos hasta se dedican a jugar unos partidos de ajedrez. Hay que mencionar también que a escasos metros, sobre la avenida Juárez, se encuentra una agencia del Ministerio Público de la Procuraduría General de Justicia del DDF, en cuya entrada hay estacionadas muchas patrullas de día y de noche.

La noche del 24 de julio de 2002, los granaderos desalojaron violentamente a los niños y jóvenes de la calle apostados en la plaza de la Solidaridad. En dicho espacio público debía evitarse la presencia de grupos y personas que, al decir de las autoridades delegacionales, “afeaban y desprestigiaban” la imagen pública de la Plaza y del Centro Histórico. Los ajedrecistas fueron desalojados un tiempo después. En la actualidad la plaza de la Solidaridad está vacía.